

**ENTREVISTA,**  
**GUISQUI**  
**EN MANO,**  
**CON**

# SANTIAGO CARRILLO

**S**ANTIAGO Carrillo («Me siento como gallo en corral ajeno») estaba en un rincón. Estaba solo en medio de un ambiente de hielo, que el nuncio se arriesgó a romper. Después, se multiplicaron los saludos («No soy comunista, pero soy simpatizante»), era la fórmula más común para iniciar el breve diálogo. Y a continuación el recién presentado desaparecía en medio de la masa de invitados.

—Es la primera vez que intervengo en un acto oficial. Reconozco que no estoy acostumbrado a estos ambientes. Sobre todo, después de tantos años de exilio y clandestinidad, es difícil hacerse a la idea de que uno, de alguna manera, es un hombre público, con una serie de obligaciones en este terreno.

Pero Santiago Carrillo está ya acostumbrado a ser el centro de la atención de todo el mundo. («Cuando me reconocen en el avión, la gente me pide autógrafos. Estoy seguro que muchos —la mayoría— no son comunistas. Sin embargo, no tienen inconveniente en acercarse a saludarme.»)

Le digo al señor Carrillo —en todo momento le llamé señor Carrillo— que este país está cambiando.

—Nosotros estamos dispuestos a luchar por la implantación de un auténtico sistema democrático en España. Respetamos los resultados electorales, aunque todo el mundo esté atento para denunciar las posibles irregularidades que se registren en el proceso electoral.

Le brillan los ojos al señor Carrillo cuando habla de las elecciones.

—Desde luego soy optimista y no oculto mi optimismo. No digo que los comunistas sean mayoría, pero le aseguro que a lo largo de los últimos meses pasamos, según los sondeos de opinión, de un modesto cuatro por ciento a un diez. Hace poco, sin embargo, se afirmaba que el ochenta y tres por cien de los españoles no votaría comunista. Y esto es importante, pues se trata de una auténtica escalada.

Santiago Carrillo no suelta el vaso de gúisqui, que cuidadosamente envuelve en una servilleta de papel. Con regularidad enciende un pitillo americano mentolado, que mil manos se apresuran a encender. Coge alguna croqueta y no tiene demasiados miramientos a la hora de tirar la ceniza al suelo, en un tapiz persa de unos doscientos años de existencia. Hay alguna sonrisa al ser interrogado sobre Alianza Popular.

—Alianza Popular es la



● **“El pueblo español está maduro para la democracia”**

continuación del franquismo, la prolongación de la dictadura. Por eso, hemos de unir nuestros esfuerzos para frenar sus posibilidades.

—¿Y en la hipótesis de que consiga una mayoría en el Parlamento?

—No creo que eso ocurra, pero por nosotros estaríamos dispuestos a aceptar los resultados. Pero, desde luego, no creo que saquen esa mayoría.

Desaparece de los labios de Santiago Carrillo la sonrisa que venía presentando desde el primer momento. Por la mirada le pasa una nube de preocupación mal disimulada.

—El pueblo español está maduro para la democracia. Debo decirle que hace poco, en Valladolid, cuna del falangismo, conseguí reunir en un mitin a más de doce mil personas en las elecciones de junio, le personas en el mismo local que Fraga Iribarne no había conseguido juntar más de dos mil. Y aunque esa no será la prueba de asegurar que hoy el Partido Comunista tiene algo que decir a la hora de contabilizar votos.

Con sentido del humor, Santiago Carrillo contesta con una carcajada abierta cuando le pregunto si tiene seguridad absoluta de conseguir un escaño.

—Abandonaría la política si no consigo ganar en Madrid. Lo mismo puedo decir de Dolores Ibárruri, que, en cualquier momento, puede conseguir el pasaporte para regresar a España. Son absurdas e injustificadas todas las trabas que se están levantando en este sentido.

—Su pasado, y, concretamente, «lo de Paracuellos», ¿puede tener alguna influencia en los resultados electorales del Partido Comunista?

—«Lo de Paracuellos», como usted le llama, es tan sólo el resultado de una hábil campaña política reaccionaria contra el Partido Comunista. Por lo demás, mi pasado está a la vista. Luché con el Ejército de la República, y creo que eso tan sólo me puede favorecer. Desgraciadamente otros partidos no pueden presentar a líderes, con un pasado como el mío. ¿Qué más quisieran los muchachos del P. S. O. E. que poder presentar a los dirigentes socialistas

ya fallecidos?

Me parece que tan sólo en el momento en que le hablo a Santiago Carrillo de la C. N. T. y del mitin en la plaza de San Sebastián de los Reyes, pierde un poco el control de la situación.

—Ante todo, no puedo comprender cómo se ha permitido organizar ese mitin a una organización que no está legalizada, cuando a mí, que tengo un partido legal, me lo prohíben en un estadio. Por otra parte, desgraciadamente, lo que hemos visto en San Sebastián de los Reyes no tiene nada que ver con la auténtica C. N. T. aquello era un festival «hippy», absolutamente folclórico, sin ninguna base política. Yo no tengo nada absolutamente contra los anarquistas y, por supuesto, que defiendan su legalización, al igual que la de los demás grupos políticos que siguen en la clandestinidad.

Con los brazos abiertos en cruz, a riesgo de que se desgramara el gúisqui, Santiago Carrillo se muestra absolutamente convencido cuando le hablo de la amnistía.

—Amnistía total y para

Desde luego, algo está pasando en este país, donde los acontecimientos se desarrollan a una velocidad de vértigo, rompiendo todos los moldes y estructuras que parecían inamovibles. A nadie le sorprende ya ver una bandera roja en plena Gran Vía, pero de esto a encontrarse de frente con el nuncio de Su Santidad saludando a Santiago Carrillo va un abismo. Pero lo cierto es que no temblaron los cimientos de la Iglesia de Pedro cuando monseñor Dadaglio, todo púrpura, todo diplomacia vaticana, se acercó al secretario general del Partido Comunista para intercambiar con él algunas palabras que fueron algo más allá que el simple protocolo... Nadie tembló, tampoco, cuando Iglesias Selgas —cuarenta años de sindicalismo contemplaban la escena— aprovechó una brecha para apretar la mano de Carrillo en el coctel en la Embajada de Portugal, que conmemoraba el tercer aniversario de su revolución. Impasible, el embajador de Portugal seguía recibiendo a los invitados —muchos diplomáticos de Europa oriental, algunos africanos y un puñado de amigos españoles— sin dar mayor importancia a lo que estaba ocurriendo en los salones de la representación diplomática, sin abrirse que bajo el pretexto de la revolución de los claveles se estaba desarrollando otra revolución, no menos importante: la revolución de la convivencia.

**“Me siento  
como un gallo  
en corral  
ajeno”**

(dijo en una recepción en la Embajada de Portugal)

todos, incluidos los de derechas que están en la cárcel. Hay que empezar de nuevo, olvidar cuantas cuentas puedan estar pendientes de saldar, basadas en hechos que ya son historia. Si no hay amnistía, no podemos llegar a ninguna parte.

—¿Cuál es la posición del P. C. E. ante el fenómeno del separatismo?

—Algunas veces se confunden los términos separatismo y regionalismo. Nosotros estamos absolutamente en contra de todo aquello que suponga el desmembramiento de España, pero no podemos olvidar en ningún momento que cada región —y me refiero también a Castilla, Andalucía y Extremadura— tiene características peculiares que nadie puede ignorar. Cada región tiene derecho a una cierta autonomía, de acuerdo con su propia personalidad, todo ello dentro del contexto del Estado español. Sólo así podemos hablar de la España una. Por eso vamos en contra de todas las ideas que pretenden dividir el Estado español que hemos de hundiéndolo en el hundimiento de

los cimientos de la sociedad en que vivimos.

Finalmente, Santiago Carrillo, polémico, desconcertante, insiste en el tema de la bandera del Estado.

—Para nosotros es lo mismo. Respetamos la bandera bicolor, por haber sido legalizada por la Monarquía. Tenemos nuestra propia bandera, como los camaradas de la Alemania Democrática tienen la suya y la del Estado. Pero no creo que este detalle sea suficiente como para provocar un cisma en el Partido, que muchos desearían. Estamos cada vez más unidos y seguramente seguiremos en la secretaría general durante muchos años.

Ya se marchaba, cuando con una media sonrisa me invitó a votar por las listas del Partido Comunista, «pues tenemos ideas muy claras y definidas sobre el divorcio». Y me tendió la mano, al mismo tiempo que me decía que «el puño levantado es una manifestación de violencia».

V. CARDOSO  
Foto SANTISO